

RESEÑAS

VERÓNICA CORTÍNEZ. *Albricia: La novela chilena del fin de siglo*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2000. 309 págs.

Durante la última década del siglo veinte ha surgido un grupo de novelistas chilenos que está transformando el ambiente literario de ese país. Los ensayos recopilados por Cortínez analizan, en conjunto o individualmente, la obra de estos escritores, no sólo para promover interés por novelas y autores aún poco conocidos, sino, y particularmente, para mostrar cómo esta producción novelesca responde a las condiciones político-sociales y culturales creadas desde el fin del régimen de Pinochet. Para ello, el libro tiene, a modo de introducción, contribuciones de autores anteriores ya consagrados –Jorge Edwards, Fernando Alegría y Antonio Skármeta–, quienes establecen un puente entre ellos y el grupo identificado como la generación de 1987. Cortínez, sin embargo, no se adhiere a una identificación generacional ya que, como ella señala, su selección reúne escritores de diversas edades, algunos de los cuales permanecieron en Chile durante la dictadura, mientras que otros pasaron esos años, voluntaria o involuntariamente, en el exilio. Lo que da unidad al grupo, según ella, es la experiencia compartida de escribir después del término de la dictadura, por lo que sólo ha incluido, con excepción de Diamela Eltit, a novelistas que publicaron su primera novela a partir de 1989.

El libro contiene doce estudios sobre autores representativos de este grupo. Juan Armando Epple escribe sobre *El infiltrado* (1989), de Jaime Collyer, novela que caracteriza como un “simulacro” de *thriller*, con un anti-héroe, “un joven estudiante chileno paralizado por el escepticismo durante la dictadura militar” (49). Epple señala que los dilemas íntimos de este personaje y su actitud de testigo distanciado comunican una visión existencialista. Rodrigo Cánovas analiza *Santiago Cero* (1989), de Carlos Franz, donde se evoca la experiencia de vivir en Santiago, la sensación de estar constantemente vigilado, de que “hay ojos espías en todas partes, un sentimiento de persecución esquizoide” (66). Es éste un espacio subjetivizado por el personaje, quien convierte a Santiago en “una cartografía mental” (68). Verónica Cortínez enfoca *El Paraíso* (1990), de Elena Castedo, obra escrita originalmente en inglés y traducida al castellano por su propia autora. A diferencia de las novelas anteriores, ésta es una historia personal que refleja, según Cortínez, la experiencia vital de la autora, con su carga de exilios y desarraigos, el español y el chileno. “La acción transcurre en un lugar imaginario cuyo marco referencial es limitado. ... Elena Castedo crea un Santiago sólo suyo. La extraña en el Paraíso adquiere, al fin, carta de ciudadanía en su propio Nuevo Mundo” (80). José Leandro Urbina, quien es novelista además de crítico, toma por tema *Mala onda* (1991), de Alberto Fuguet. Urbina la considera una novela de adolescentes, una “especie de *Bildungsroman* apretadísimo”. Su personaje central y narrador es un joven de familia perteneciente a la burguesía comerciante quien, luego de un

débil y juvenil rechazo del orden establecido, se reintegra prontamente a los de su clase, aceptando sus valores y el discurso autoritario del régimen de Pinochet. “En adelante, Matías hablará de orden, de estabilidad, de obediencia” (96).

Nosotras que nos queremos tanto (1991), de Marcela Serrano, es estudiada por Soledad Bianchi, quien afirma que la novela presenta “situaciones (relativamente) cotidianas y habituales del mundo (chileno) del presente, para las mujeres de hoy” (105). Sin embargo, según Bianchi, el enfoque no es verdaderamente feminista, porque el texto pone en evidencia “una concepción rígida, homogénea y esencialista de un inexistente ‘ser femenino’” (107). Guillermo Gotschlich dedica su atención crítica a *La ciudad anterior* (1992), de Gonzalo Contreras, cuyo contexto histórico abarca los hechos ocurridos en los quince años posteriores al golpe militar, “un tiempo de incertidumbre” (116) que tiene por espacio una ciudad de provincia. Gotschlich describe esta novela como una “metáfora del desencanto”, en la que prevalecen los sentimientos de soledad, de culpabilidad y de destinos no realizados. Liliana Trevizán escribe sobre *El tono menor del deseo* (1991), de Pía Barros, “una historia de mujeres vivida en el Chile de la dictadura” (129). Esta novela, en la que se denuncia tanto el sometimiento sexual como la represión política, es, según muestra el ensayo, un texto elaborado y complejo.

María Luisa Fischer analiza *Oír su voz* (1992), de Arturo Fontaine Talavera, donde se recrea la década de los ochenta. Los incidentes de la vida privada del protagonista tienen por marco las transformaciones producidas en Chile, en esos años, por la imposición del modelo económico neoliberal. La novela muestra, sin embargo, cómo la libertad de las fuerzas mercantiles que rige el mundo empresarial convive, conflictivamente, con las reglas de “una moral pacata y conservadora” (153). Roberto Castillo Sandoval escribe, a propósito de *Cobro revertido* (1992), de José Leandro Urbina, que “tanto el alejamiento del prurito testimonial como la visión desilusionada y desesperanzada de las consecuencias del destierro son rasgos que distinguen” a esta novela “de otras obras escritas en la distancia forzada por el régimen militar” (162). Por su parte, Laura Janina Hosiasson, en su ensayo sobre *Machos tristes* (1992), de Darío Oses, señala que esta novela, a diferencia de la narrativa chilena mayoritaria, da voz a un personaje de derecha que se había unido al proyecto antirrevolucionario, considerándolo heroico. El fracaso del proyecto revolucionario, que ha conducido al vacío ideológico y al consumismo, definen el ambiente evocado por Oses.

Raúl Zurita escribe sobre *Morir en Berlín* (1993), de Carlos Cerda, donde se dramatizan los sentimientos de culpabilidad de los que sobrevivieron la dictadura de Pinochet en el exilio, “gracias a la ausencia de valor” (193). En el caso de Mario, el protagonista de esta novela, la culpabilidad es aún mayor, pues ha abandonado a su esposa e hijos en el Berlín Oriental, en aquel tiempo la capital de la Alemania comunista. Con respecto a esta obra Zurita señala, también, los antecedentes literarios y artísticos –Eurípides, Ibsen, Wagner, Bowles– que le han servido al autor de modelos en la elaboración de su obra. En su ensayo sobre la narrativa de Diamela Eltit, Raquel Olea no se concentra, como los otros críticos, en una sola novela, sino que considera el total de su obra. Hasta la publicación del presente libro, Eltit había publicado cinco novelas: *Lumpéri-*

ca (1983), *Por la patria* (1986), *El cuarto mundo* (1988), *Vaca sagrada* (1991) y *Los vigilantes* (1994). Olea lee en estos textos “sentidos político-sociales que se construyen en la ocupación de lugares públicos con una textualidad de resistencia a los órdenes de toda institucionalidad: política, literaria, genérica” (204).

El último de los ensayos, escrito por Roberto Hozven, se distingue de los doce ya mencionados porque no tiene por tema una novela, sino una obra compuesta por imágenes visuales: *Mapa: Airmail Paintings: pinturas aeropostales* (1994), de Eugenio Dittborn. Hozven justifica la inclusión de su trabajo en este libro sobre la novela chilena, afirmando que “estas imágenes cuentan una historia o, mejor, fragmentos y secuencias de las macrohistorias sociales que las engloban y complementan. En este sentido son también relatos, aunque no configuren un discurso verbal (210). Tanto éste como los trabajos anteriores, sobre cuyo contenido sólo he podido ofrecer un brevísimos comentario, son aportes serios sobre la actual novelística chilena, desde distintas perspectivas y enfoques teóricos. El libro también incluye una interesante “Entrevista colectiva”, en la cual cinco de los escritores aquí estudiados intercambian ideas con Verónica Cortínez, y unos con otros. Los tres epílogos que completan la colección, escritos por Sebastián Edwards, Willy Thayer y Roberto Ignacio Díaz, consideran las condiciones de publicación, el mercado del libro y la situación de la novelística chilena dentro de la producción literaria latinoamericana.

Albricia es una contribución al conocimiento de autores y obras que merecen la atención crítica, así como un equilibrado análisis socio-cultural del ambiente en que se ha producido esta reciente novelística chilena. El libro ofrece, sin duda, excelente material para futuros investigadores.—MALVA E. FILER, *Brooklyn College and The Graduate Center, City University of New York*.

GUADALUPE FERNÁNDEZ ARIZA. *El héroe pensativo. La melancolía en Jorge Luis Borges y en Gabriel García Márquez*. Universidad de Málaga, 2001.

Trazando la frontera mágica de una cartografía de la memoria cuya extensión atrae al lector hacia un peregrinaje literario por las obras de Gabriel García Márquez y Jorge Luis Borges, la profesora de la Universidad de Málaga consigue, en primer lugar, que cualquier amante de las letras se sienta agraciado al tener a su alcance una perspectiva rigurosa y sugerente a la par sobre estos autores clásicos ya de la Literatura.

En apasionante diálogo entre la tradición clásica y la narrativa hispanoamericana, bien sea en el tópico “locus amoenus”, bien en el “locus horridus”, Guadalupe Fernández Ariza identifica la presencia de un héroe pensativo, desesperanzado, astroso, heredero de Amadís/Beltenebros y en “El arte de la lectura”, primer capítulo de su monografía, descubre en la memoria el mejor transmisor para eternizar los pesares del sujeto preso de la melancolía en su denodado intento de luchar contra la caducidad del tiempo.

La memoria, facultad prodigiosa de la imaginación en sus diversas manifestaciones: arte, sueño, mito y providencia, pugna contra la leyenda del viejo y despiadado Saturno que devora a sus propias criaturas. Por eso, ganar la pala-